

dignissimum, quia videre, complecti, nec laudare tantum, verum etiam amare contingit.» *Plin. Epist. Lib. I.*<sup>15</sup>

Fue al poco de cumplir los diecisiete años cuando tuve conocimiento de los sonetos del Sr. Bowles (en un total de veinte, publicados entonces en un panfleto en cuarto)<sup>16</sup> gracias a los oficios de un compañero de colegio que había dejado la escuela para ingresar en la Universidad, y quien, durante todo el tiempo que estuvo en primer grado (lo que, según nuestra jerga escolar, le convertía en un *griego*), había sido mi patrón y protector. Me refiero al Dr. Middleton, el muy erudito y excelente obispo de Calcuta:

Qui laudibus amplis  
 Ingenium celebrare meum, calamumque solebat,  
 Calcar agens animo validum. Non omnia terrae  
 Obruta! Vivit amor, vivit dolor! Ora negatur  
 Dulcia conspicere; at flere et meminisse\* relictum est.

*Petr. Ep. Lib. I. Ep. I.*<sup>17</sup>

Fue para mí algo doblemente placentero, y que aún ahora evoco con ternura, haber recibido de un amigo tan reverenciado la primera noticia de un poeta cuyas obras, año tras año, me deleitaron e inspiraron de manera tan entusiasta. Mis conocidos de aquel tiempo recordarán sin duda el afán indisciplinado y el celo impetuoso con que me esforcé en hacer prosélitos, no sólo entre mis compañeros, sino entre todos aquellos con quienes conversaba, de cualquier rango y en cualquier lugar. Puesto que mis economías escolares no me permitían adquirir ejemplares del panfleto, yo mismo realicé, en menos de año y medio, más de cuarenta transcripciones como el mejor regalo que podía ofrecer a quienes de un modo u otro se habían ganado mi estima. Y casi con el mismo deleite recibí las tres o cuatro publicaciones siguientes del mismo autor.

He visto y tratado lo suficiente a la humanidad como para ser consciente de que soy quizás el único en sostener este credo, y de que no

\* Me alegra sobremanera verme en la necesidad de informar al lector de que, desde la fecha en que este pasaje fue escrito, se ha demostrado que la noticia de la muerte del Dr. Middleton en el transcurso de su viaje a la India era errónea. Él vive aún y ojalá que viva por mucho tiempo; pues me atrevo a profetizar que sus esfuerzos por el bienestar temporal y espiritual de sus prójimos sólo se verán limitados con su muerte.

corro mayor riesgo que exponerme a una acusación de singularidad; así pues, nada me impide confesar que considero, y siempre he considerado, que las obligaciones del intelecto son una de las exigencias más sagradas de la gratitud. Un pensamiento valioso, o una particular cadena de pensamientos, me otorga un placer adicional cuando la puedo referir y atribuir con seguridad a la conversación o a la correspondencia de otra persona. Mis deudas para con el Sr. Bowles eran importantes, desde luego, y habían tenido un efecto inequívocamente benéfico. A una edad muy prematura, antes incluso de haber cumplido quince años, me había extraviado en los predios de la metafísica y la controversia teológica. Ninguna otra cosa me agradaba. La historia, y los hechos concretos, dejaron de interesarme. La poesía (debo aclarar que, para un escolar de mi edad, me hallaba por encima de la media en versificación inglesa y había producido dos o tres composiciones que, con independencia de mis años, sorteaban, según creo, el escollo de la mediocridad, haciéndome acreedor de más méritos de los que podían agrandar al firme sentido común de mi viejo maestro), la poesía misma, no digamos ya la novela o las fábulas románticas, perdió todo su atractivo para mí. En el transcurso de los vagabundeos solitarios con que llenaba mis días de permiso (pues era huérfano, y apenas tenía vínculos familiares en Londres)<sup>18</sup> disfrutaba enormemente si algún pasajero, especialmente si vestía de negro<sup>19</sup>, entablaba conversación conmigo. Pues pronto hallaba el modo de dirigirla hacia mis temas favoritos:

Providencia, presciencia, voluntad y destino,  
Destino prefijado, libre albedrío y presciencia absoluta,  
Y término no hallaba a mis vagabundeos,  
Perdido en vanos laberintos<sup>20</sup>.

Este impulso descabellado fue, sin duda, dañino tanto para mis poderes naturales como para el progreso de mi educación. Hubiera podido ser destructivo, tal vez, de haberse prolongado en el tiempo; pero la fortuna quiso evitarme esta prueba, en parte por la influencia de cierta familia cuyo afable hogar frecuenté de manera accidental<sup>21</sup>, pero sobre todo por la cordial influencia de un estilo poético tan tierno, y a la vez tan viril, tan natural y genuino, y a la vez tan digno y armonioso, como el de los sonetos, etcétera, del Sr. Bowles. Bien me hubiera ido, tal vez, si no hubiera recaído en la misma dolencia mental y hubiera seguido colectando la flor y recogiendo la cosecha de la superficie cultivada en lugar de demorarme en las insalubres minas de mercurio de las profun-

didades metafísicas. Pero si, en épocas posteriores, he buscado un alivio al dolor corporal y a la sensibilidad mal administrada en las investigaciones abstrusas, que ejercitaban la fuerza y la sutileza del entendimiento sin despertar los sentimientos del corazón, aun así hubo un largo y bendito intervalo durante el cual mis facultades naturales tuvieran la oportunidad de expandirse, y mis inclinaciones primeras de desarrollarse: mi imaginación, y el amor a la naturaleza, y la percepción de la belleza en formas y sonidos.

La segunda ventaja que debo a mi temprana frecuentación de este admirable conjunto de poemas (al que, si bien me fue descubierto en fecha algo posterior, me permito añadir el *Lewsdon Hill* del Sr. Crow)<sup>22</sup> atañe de modo más directo al asunto que nos ocupa. Entre aquellos con quienes conversaba eran muchos los que, por supuesto, habían conformado su gusto, y sus nociones sobre poesía, leyendo los escritos del Sr. Pope y sus seguidores; o, hablando en términos más generales, de la escuela francesa de poesía, condensada y fortalecida por el entendimiento inglés, predominante a lo largo del pasado siglo. No era ciego a los méritos de esta escuela, mas, como mi inexperiencia mundana y mi consiguiente falta de simpatía por los asuntos habituales de estos poemas me hiciera poco placentera su lectura, sin duda minusvaloré la *clase* a la que se adscribían, y con la típica presunción de la juventud retiré a sus maestros el nombre legítimo de poetas. Observé que la excelencia de este modo de poesía se fundaba en la elaboración de agudas y justas observaciones sobre los hombres y sus costumbres en un estado artificial de la sociedad, por lo que hace a su principio rector y su sustancia; y en la lógica del ingenio, impartida en fluidos y vigorosos pareados epigramáticos, por lo que hace a su *forma*. Incluso cuando el asunto se dirigía a la fantasía, o al intelecto, como en *La violación del rizo*, o *Ensayo sobre el hombre*<sup>23</sup>, no digamos ya cuando se trataba de una narración consecutiva, como ese asombroso producto de un talento y un ingenio sin iguales que es la traducción de la *Ilíada* firmada por Pope, aun entonces se buscaba una *conclusión* al final de cada segundo verso; y el conjunto era, como si dijéramos, un *sorites* o polisilogismo; o, si se me permite remplazar una metáfora lógica por otra gramática, una conjunción disyuntiva de epigramas. Entretanto, el asunto y la dicción se caracterizaban, a mi juicio, no tanto por ser pensamientos poéticos como por ser pensamientos *traducidos* al lenguaje de la poesía. Sobre este particular tuve ocasión de hacer más claras y pertinentes mis ideas gracias a las frecuentes discusiones amistosas a que dio lugar el *Jardín Botánico* de Darwin<sup>24</sup>, obra que recibió grandes

elogios durante años, no sólo por el público lector en general, sino incluso por aquellos cuyo genio y robustez natural de entendimiento les permitieron, más tarde, ser los primeros en disipar las «brumas pintadas» que se levantan de vez en cuando de las ciénagas extendidas al pie del Parnaso. En el transcurso de mis primeras vacaciones en Cambridge, ayudé a un amigo a preparar una colaboración para una sociedad literaria de Devonshire; y, en dicha colaboración, recuerdo haber comparado la obra de Darwin a un palacio de hielo ruso: centellante, frío y transitorio<sup>25</sup>. En el mismo ensayo se daban varias razones, obtenidas mayormente de comparar a los poetas latinos con los originales griegos, de los cuales tomaron sus préstamos, para justificar por qué prefería las odas de Collins a las de Gray; y el símil de Shakespeare:

¡Con qué pródigos y altivos aires  
Zarpa el navío esbelto de su puerto nativo  
Mimado y abrazado por el viento embustero!  
¡De qué modo regresa, igual que un hijo pródigo,  
Con curtidas cuadernas y velas harapientas,  
Enjuto y consumido por el viento embustero!<sup>26</sup>

a la imitación que aparece en *El Bardo*:

Hermosa ríe la mañana, y suave sopla el céfiro,  
Mientras cabalga con orgullo sobre el azur dominio  
Con galante aparejo el dorado bajel,  
JUVENTUD a la proa y placer al timón,  
Indiferente al golpe del torbellino arrollador  
Que, aquietado y sombrío, su presa espera al atardecer<sup>27</sup>.

(Pasaje en el cual, por cierto, los términos «realm» («dominio») y «sway» («golpe») son rimas adquiridas con gran esfuerzo.) Al expresar mi preferencia por el original, quería dejar claro que la imitación dependía por completo de que su autor pusiera *versalitas*, lo mismo aquí que en otros muchos pasajes del mismo poeta, en función de si las palabras eran personificaciones o meras abstracciones. Menciono esto porque, al remitir varios versos de Gray a su original en Shakespeare y en Milton, y habiendo percibido claramente hasta qué punto la antigua corrección se perdía en la transferencia, me vi conducido, en época tan temprana, a formular una conjetura que recordé muchos años después